

Guillermo Feliú Cruz.

## INTERPRETACION DE VICUÑA MACKENNA

**L**A extraña mezcla de fantasía inventiva, de pasión ardiente e incontenible, de poética sensibilidad evocadora, de espíritu a veces visionario y positivo, de idealismo libertario y de acción decidida y acentuada, que caracteriza en sus rasgos culminantes y esenciales el alma de Vicuña Mackenna, tiene, ciertamente, bien poco de común con la idiosincrasia chilena, fría y reflexiva, ajena a las grandes emociones, serena cuando lucubra con la imaginación y las ideas y ponderada hasta en su propio egoísmo individualista. Y tampoco hay en este hombre brillante, lleno de fe en sus grandes anhelos, que hará suyo el siglo con el poder de su pluma y de su obra, con el imperio de su verbo y constante inspiración, nada que lo identifique con sus antepasados paternos de pura y limpia ascendencia vasca. No tiene, en efecto, parecido con su abuelo ni con el autor de sus días, como no sea la ferviente idolatría de un doctrinarismo político teñido de un exaltado pipiolismo.

Son las características esenciales del pueblo irlandés las que se anidan en su alma, mejor que en ningún otro caso de herencia psicológica. Le venían de su abuelo materno, un general de la Patria Vieja, hom-

bre amante de la libertad, el amigo y compañero de los dos O'Higgins y mentor de la idea republicana en el que sería Padre de la Patria. Así, la imaginación, la vehemencia impulsiva del carácter, el espíritu de justicia, la gratitud, la rebeldía para con el medio social, la pasión sin rencores ni profundos odios ¿no son acaso éstos—entre otros—los rasgos que siempre han descollado en los hombres de la católica Irlanda? Las contradicciones mismas de que Vicuña diera muestras en su vida, aun tratándose de sus sentimientos religiosos que a las veces lo vuelven ateo y en otras ocasiones católico ferviente ¿no nos llevan a pensar que su sangre no es vasca ni chilena ni andaluza, sino puramente irlandesa?

Así y todo, es el más chileno de los escritores nacionales. Es el que mejor ha comprendido el alma inestable, versátil y tornadiza de nuestro pueblo. Es el que mejor ha buceado en el alma nacional. Desde el *pililo*—creación suya—pasando por el *roto*, deteniéndose en el *siútico* hasta llegar al buen burgués rural de nuestra aristocracia, las cuatro escalas de la estructura social chilena, Vicuña Mackenna las ha comprendido todas, las ha sentido en el rol de sus singulares manifestaciones, reuniendo un considerable aporte para hacer con estas observaciones un libro que hace falta entre los suyos: el *Idearium de un pueblo*.

A su juicio—y en esto no hay cuestión—nuestra historia carecía de todo color de vida social. En sus libros, en sus folletos y en los artículos de diario que escribió, la insistencia sobre los aspectos más interesantes de nuestra sociabilidad, parecen a veces retruécanos para dar vigor al escrito. Es toda una necesidad la que afirma. Hoy nos parecen fantasías los datos que consignó prolijamente en sus largas historias sobre la frivolidad de nuestras costumbres, sobre los hábitos de nuestros antepasados y sobre la pequeña grandeza de muchos grandes hombres. Pero en este

país la revelación de los secretos íntimos se paga y se paga duramente. ¿Sabéis que dijeron de Vicuña? Que no era historiador. Que tenía mucha fantasía. Que estaba más cerca del folletinista de novela. . . . Que ni la fantasía lo engañaba, lo prueba la documentación abundante de su enorme y rico archivo; que ni el afán de novedad le hacía exagerar lo que escribía, lo prueba también lo mucho que recogió sobre la vida tradicional de Chile en sus diversas épocas. Llegó a investigar el origen, desarrollo y fiel aplicación de los proverbios chilenos. Al fin, la nuestra es tierra de vascos parcos de corazón y de dinero. . . .

Desde que surge en el campo de las letras y especialmente desde que Vicuña se consagra al cultivo de la historia, aparece en la literatura chilena un contingente nuevo: la imaginación. Es la suya una imaginación de artista que, sin desnaturalizar la realidad, sabe darle una interpretación de color. Observad este fenómeno en la historiografía chilena: los cronistas de la colonia son secos, monótonos, exactos en la mayoría de las veces. Son jugosos cuando escriben, como Góngora de Marmolejo, para decir la verdad cruda y neta. Los otros amontonan datos. La historiografía de la república continúa esa venerable tradición con excepción de Amunátegui y Sotomayor Valdés, que interpretan los hechos. Parece que la historia sólo pudiera hacerse para eruditos curiosos y ávidos de datos, fechas y minucias. No conciben ni interpretan, arrojan informes materiales.

Vicuña Mackenna rompe esos moldes respetables, irrumpe con su fantasía, que sabe darle color a las cosas; evoca con sensibilidad, con arte, con esplendor, porque en su cerebro todo toma luz y brillo. Ha introducido, pues, un valor nuevo en nuestras letras: la sensibilidad y la fantasía.

No tenemos para que estudiar aquí su acción política. De cuantas amarguras le dejó la lucha con hombres

incomprensivos y torpes, incapaces de seguirle en su idealismo de bien público, él ha dejado constancia en páginas que parecen oraciones al dolor. Hagamos resaltar, únicamente, la que fué pasión de su vida: los estudios históricos.

Ya en sus primeros años moceriles, después de haber ambulado por el viejo Santiago haciendo la cimarra en el cerro, que al conjuro de su visión maravillosa sería un *verde peñón de ensueños*, el alma juvenil de Vicuña encuentra en los libros cierta tranquila paz. «Me gustaba leer sólo libros de historia, cuyos argumentos contaba a mis compañeros, y esto y charlas—diría en su diario de juventud—eran mis ocupaciones». El hogar era propicio para alimentar su fantasía. «El antiguo hogar—empleo una frase feliz de Angel Ganivet—no estaba constituido solamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su calor escaso y su luz débil obligaban a las personas a aproximarse y formar un núcleo común». Y el de Vicuña Mackenna, aureolado de antiguas tradiciones debía proporcionar al autor de la *Guerra a muerte* un ambiente propicio para acentuar su vocación de historiador. Su abuelo, don Francisco Ramón Vicuña, había sido destacado patriota en los días de la independencia. Contrario a Carrera, sufrió las consecuencias de su altivez. En la república formó en las huestes liberales o pipiolas su tienda de doctrina y alcanzó la primera magistratura, donde supo de los sinsabores del ejercicio del poder. Fué mal político, sin duda, pero leal y consecuente con su causa. Su padre, don Pedro Félix, periodista, fundador del ambiguo *Mercurio*, escritor político sin brillo, pero de cálida pasión pipiolar, sufrió incruentas vejaciones y destierros durante la dictadura bienhechora de Portales. Su abuelo materno el «irlandés Mackenna», como se le llamaba en sus días, guerrero de la Patria Vieja, altivo, justiciero, desterrado a Mendoza por Carrera, cae en el exi-

lio víctima de una bala de don Luis. Y, por otro lado todavía, por el que lo entronca con la familia Larraín, bien de cerca sabía las angustias que había pasado durante la dictadura de O'Higgins. Pero el propio Vicuña Mackenna conocía la tradición pavorosa que circulaba, cual leyenda siniestra, en la estancia de su padre, en Llay-Llay, donde la dictadura de Portales había hecho correr sangre, acaso inocente y mártir.

Era este el ambiente de su hogar. Allí todo evocaba días trágicos y amargos, que se vinculaban a la vida de las más grandes figuras nacionales. Esa familia había sufrido dolores, había clamado piedad, había pedido clemencia. ¿Qué valen estas tradiciones de familia para el joven Vicuña? Su alma encendida, abierta a la glorificación y a la justicia desatiende ese clamor y rinde homenaje a los mismos perseguidores de los suyos. ¿No escribe el martirologio de los Carreras a quienes su abuelo debió el destierro y la muerte? ¿No escribe la vida de O'Higgins a quién sus progenitores debieron más de un dolor? ¿No escribe la vida de Portales a quién su padre debió destierros y profundos quebrantos de fortuna? He aquí otra vez, cómo su ascendencia irlandesa revive en estas manifestaciones de su espíritu. «No tienen odios—dice hablando de ellos Salvador Madariaga—son ingenuos de corazón y perdonan los ultrajes por la fuerza de la fantasía que les hace olvidar pronto las injurias». Tal Vicuña Mackenna.

Estas aparentes contradicciones de juicio del historiador, nacidas de su temperamento impresionable y ardoroso, son las que sublevan a Lastarria. Los hombres de Vicuña Mackenna cuando caen bajo los puntos de su pluma se convierten al pronto en semi-dioses. Parecen seres de epopeya y de leyenda. «Ud. se enamora para escribir esas historias—le dice Lastarria—pues los Carreras, O'Higgins y Portales son panegíricos y no historias, y tan panegíricos que usted

mismo tiene que estar defendiendo su pureza de escritor, repitiendo que no ha recibido paga por escribir, como dicen los que, no conociéndolo a usted no pueden explicarse por qué ha escrito usted esos libros de elogios. ¿Quién es el primer chileno, el más grande en el libro de los Carreras? José Miguel. ¿Quién es el primer chileno en el de O'Higgins? O'Higgins. ¿Quién lo es en el que acaba de escribir? Portales. Y al fin quién es el más grande. . . »

El alma de Vicuña era así: fácil a la sugestión nunca al halago; dispuesta a la glorificación para forjarle héroes a un pueblo que resultaban en la intimidad de sus vericuetos morales demasiados vulgares y prosaicos. El amor a la patria, el cariño al terruño tomó siempre en Vicuña extraordinarias proporciones. Recuérdesele en los días de la guerra del Pacífico en que fué el cantor de las victorias alcanzadas por los militares y concebidas por civiles. Sus libros, sus artículos de entonces están inspirados en una vehemencia patriótica que parecen llamaradas de combate. Su nombre es símbolo purísimo, encarnación viva de la grandeza de Chile. Así, el Chile que su fantasía llegó a concebir no merecía siquiera un reproche después de haber dejado los pañales coloniales.

La grandeza moral de América fué hecha por hombres iguales, pero en ningún caso superiores a Vicuña Mackenna. Grandeza moral más bien formada en el libro y la elocuencia, en el diario y la tribuna, que no efectiva y real en el sentimiento de la masa criolla, gregaria, analfabeta e ignorante. En la clase culta formó una conciencia ciudadana; en la masa, fué bulla y oropel. Eran aquellos, por lo demás, los días del romanticismo político y literario del siglo XIX. Las cosas vistas por estos soñadores tenían el color de la ilusión de una esperanza. Este romanticismo político de la segunda mitad del siglo pasado, representado en América por sus más grandes pro-hombres: Mitre,

Sarmiento y López en la Argentina; Paz Soldán y Palma en el Perú; García Moreno y Montalvo en el Ecuador; Rafael Núñez y Arboleda en Colombia; Acosta en Venezuela y Juárez en México, aspiraba hacia una patria emancipada de los resabios coloniales, y ellos creyeron en las virtudes republicanas de la América bolivariana. Empero, la obra de Vicuña Mackenna nos parece más vasta que la de sus contemporáneos. Sin ser hombre de derecho, lucha por el derecho. No hay problema de interés público que no hiera interés. Su mejor tribuna está en el diario y de ella hace una pañanca poderosa con que mueve y excita la opinión pública. Buscaba en la historia lo que presentía su visión; iba a ella como a fuente de enseñanza. Con ser tan chilena su acción, fué también netamente americana. ¿Quién levantó más alto la voz para consagrar el ideal de Bolívar de la América Unida?

«Nadie ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo autonómico de las nacionalidades congregadas. Examinense las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispanoamericana vive cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables». ¿Quién habló más fuerte contra las tiranías?

Así dirá, cuando vea el gobierno de América en manos de innobles tiranuelos, estas palabras ejemplarizadoras y de gran actualidad: «Por eso mientras exista en nosotros un débil hálito de vida, mientras la conciencia del derecho haga respetable la dignidad huma-

na y la fuerza no sea más que la encarnación de la justicia hecha ley, lucharemos para destruir la tiranía, que envilece a los pueblos y a los hombres. El que rompe la ley con sus secuaces no es digno de la consideración del ciudadano libre y es deber de patriotismo derribarle».

He dicho que la historia es la fuente de su constante inspiración cívica. Pero esta disciplina es también para el escritor un medio de vindicta moral. Taine ha sostenido en una tesis brillante que el historiador es ante todo un maestro de moral pública y social. Macaulay ha creído ver en los cultivadores de la historia hombres esencialmente de acción. Si consideramos la historiografía del siglo XIX, todos los que ejercieron su magisterio hicieron de ella una cátedra de libertades públicas. Recordad en Francia tan solo a Michet, en Alemania Sybel, en Inglaterra a Carlyle, en España al Conde de Toreno, en Italia a Cantú.

La historia apenas si tiene un valor social: es puramente política. Vicuña Mackenna no pudo sustraerse a la corriente de su siglo. Recuérdese la frase constante del escritor cuando nos habla siempre *del sacrificio de la historia*. ¿Qué alcance le concede Vicuña Mackenna a este sacerdocio? ¿Cómo lo ejercita? Siempre con un fin de sanción política, siempre como un medio de interpretación social en resguardo de los derechos del individuo. Ese es el fondo; la forma, el medio de expresión, el verbo, en suma, toma proporciones verdaderamente épicas. Detengámonos un momento en este aspecto. «Escribe para y sobre una raza de titanes», dice uno de sus críticos. Y es cierto. «Por razones de su estilo, es el escritor a la vez más ameno, más fecundo y más brillante de SudAmérica. Habrá tal vez quienes le sobrepujen en alguno de estos atributos; ninguno en los tres juntos».

No se debe confundir la exuberancia con la riqueza; y nada iguala a la riqueza de su estilo, preñado de



intuiciones, evocaciones y memorias de toda especie, que de paso prorrumpan en un reguero de luces de mil colores sin ofuscar jamás ni apagar la lámpara central de la unidad. Sus pensamientos alientan y discurren en ambiente tan puro y si decimos tan vibrante, que hasta los más fútiles y falsos alientan al contacto y se incorporan animosos en las ondas que se suceden a las ondas y a las ondas como raudal circulatorio en el organismo del escrito. La gentileza de su habla castellana, que en los últimos años ha tocado, por fin, a un raro primor de vocabulario y de corrección a la moderna, no es gentileza elegante sino desenvuelta, que coloca a este prosador muy sobre encima de los puristas esmerados, faltos a menudo de calor, de espontaneidad y de brío.

Digan lo que quieran los que dicen: Yo me contento con ser claro. La desnudez de estos escritores, sino es en su caso un estilo relevante de desnudez, pondrá sus más originales concepciones a merced del primero que las hiciera suyas, imprimiéndoles la vida palpitante del estilo. Según lo acreditan los anales del arte, esa vida consiste en la juventud duradera de las obras. Y decimos que, si a tan precaria suerte queda expuesto el robusto parto lanzado en cueros al campo de las letras, o con indigente vestidura, no debemos olvidar que imitando Solís la majestad de las formas historiográficas latinas, escribió con el pincel elocuente de su estilo la peor conquista de México que se conoce, y la escribió en las páginas de un libro que no envejecerá fácilmente.

Recordando que no pocos escritores, hoy olvidados, causaron la admiración de sus contemporáneos, nos hemos preguntado con inquietud: ¿Hasta qué punto este éxito corresponde al de esa lozanía persistente de los campos elíseos de las letras, lozanías que no agostan los tiempos, o bien al de la gallardía matutina de las rosas, que duran lo que todos sabemos que duran?

¿Quién se atrevería hoy a afirmar lo uno o lo otro? Entre tanto, nada impide reflexionar sobre la hipótesis de que muy bien pudiera suceder, que notoriedad tan calificada, es en las obras de Vicuña Mackenna síntoma de larga y duradera vida.

Hay en la manera de concebir la historia por Vicuña Mackenna una tendencia que no es posible olvidar, y que nos revela cuanta importancia daba el escritor al desarrollo de la personalidad humana en el desenvolvimiento de los sucesos históricos. Este punto de vista suyo es el biográfico. Aun aquellos libros salidos de su pluma con el título de historia son biografías ordenadas conforme un plan especial. La misma Historia de Santiago y la de Valparaíso, La Guerra a muerte, El 20 de Abril, Los Médicos de Antaño, para no citar más que al azar, asumen siempre el carácter biográfico. El culto de los héroes, por decirlo así, es el eje capital de su doctrina y de su composición historiográfica. Algunas de estas obras rehechas por la investigación han perdido, se comprende, su interés y hasta no son de gran valor literario. Otras, llevan el sello de lo genial e imperecedero. *La Historia de Santiago*, por ejemplo, será el libro amable de siempre, el fiel evocador de un Santiago que se fué. No podrá ser superado. *Don Diego Portales*, acaso el más humano, comprensivo y meditado, quedará como piedra angular de nuestra historia.

Toda su obra histórica, pues, se resume en una perenne biografía. Su pluma ha trazado la silueta moral de miles de ciudadanos. A su género de historiador político, convenía, sin duda, esa manera de concebir la historia: responsabilizaba en los hombres los acontecimientos históricos que el tiempo torna impersonales y borrosos. El mismo lo ha dicho con eco melancólico: «Por eso también buscar al hombre, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnia, estudiarlo

en todas sus faces, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia: la del hogar, es trazar la existencia misma de una época con todas sus sombras y sus espacios luminosos y hacer revivir como en un cuadro animado la sociedad, el pueblo y los gobiernos que las generaciones, esas lápidas mudas que se van renovando periódicamente sobre el vasto sepulcro del linaje humano, han ido cubriendo y olvidando. Tal manera de concebir la historia, no hace de esta sólo una enseñanza, constituye casi una resurrección». Y esa fué la manera cómo llenó su prodigiosa faena.